

ba en el Palacio de la Industria las observaciones hechas en Bruselas, y París sabía todos los cinco minutos lo que se pasaba en los instrumentos del observatorio real de Bélgica; los menores movimientos de la atmósfera en Bruselas se reflejaban en el aparato de los Campos Eliseos y sin embargo el circuito telegráfico era de 1000 kilómetros!

Hubieramos deseado que para la época de la Exposición el nuevo barómetro registrador de nuestro distinguido profesor el eminente físico H. Dufour de Lausanne, funcionase ya, pues estamos seguros que este instrumento hubiera simplificado las operaciones del meteorógrafo de Theorell-Sörensen y al mismo tiempo dado una observación continua.

No trataremos de dar aquí una descripción del nuevo barómetro, la cual se encuentra publicada con todos sus detalles en "Bulletin de la Société Vaudoise des Sciences Naturelles 2<sup>a</sup> série XVII" pero sí de dar una idea del principio en que está fundado.

Conocido son los diferentes medios que se ha adoptado para registrar las observaciones barométricas; se puede clasificar en tres grupos diferentes.

1.—Registros fotográficos, empleados en Inglaterra y cuyo principio se adivina.

2.—Registros mecánicos como el que acabamos de describir de M. Theorell.

3.—Registros mecánicos utilizando las variaciones del peso del tubo o de la cuveta, variaciones que resultan del pasaje del mercurio de la cuveta al tubo y recíprocamente: el barómetro-balanza, tan conocido, es el tipo de este grupo.

El aparato del profesor Dufour no puede entrar en ninguno de los grupos precedentes.—El Nuevo barómetro palanca del físico Dufour utiliza para el registro LAS VARIACIONES DEL CENTRO DE GRAVEDAD DE UNA COLUMNA DE MERCURIO, de forma conveniente, y libremente suspendida, es un registro automático continuo y el más sensible y perfecto que se haya imaginado hasta el día.

El barómetro registrador Dufour funciona perfectamente hoy en los observatorios meteorológicos de Lausanne y Genève. Pronto se hará universal.

ING. LUIS MATAMOROS.

## TEATRO.

### "El Preceptor y su Mujer"

La voluntad es dúctil y la aspiración infinita: por consiguiente, cada uno puede hacer de su capa un sayo, y hoy, sin más ni más, nos convertimos en críticos de teatro, empuñando la pluma para decir de la última representación, á beneficio del entendido actor Abrahán Zúñiga.

"El Preceptor y su mujer", es una pieza bastante común, en que el amor y el interés son los dos resortes—ya vulgares—del mecanismo escénico.

El primer acto es el mejor de los dos de que consta la comedia, pues el segundo á veces raya en sainete, pasando de lo cómico á lo grotesco.

Un sobrino, el joven Eduardo, que ama; un tío, don Benito, lleno de ridículas pretensiones de

nobleza que desea comprar con oro, no teniéndola en el alma, y que lo demuestra al querer ahogar en dos corazones juveniles el nobilísimo y desinteresado sentimiento del amor; y un maestro de escuela cesante, don Lupercio, que, estrecho en Madrid, viene á holgarse en una quinta del tío de Eduardo; que por dinero ofrece en venta su insustancial cuanto pedantesca erudición, y que tiene más de pícaro que de preceptor, son las tres figuras conspicuas de la pieza de que venimos hablando. El sentimiento puro, el interés sordido y la ignorancia atrevida, fastidiosa y perversa están representados allí.

Por quinientos duros se vende el preceptor á Eduardo, por mil á don Benito, y puesto en pública almoneda—por decirlo así—toma parte en una intriga matrimonial, arrastrando la dignidad del magisterio; y al ver un obstáculo, en ser casado, para fraguar otra picardía, se acuerda de sus compromisos, y quisiera haber roto lazos que la sociedad respeta.

El autor pone en boca de Lupercio palabras referentes á Clara, y hace adivinar, al ménos avisado, el desenlace de la pieza. Los preceptistas y el público, ansioso de sorpresas, condenan esas insinuaciones que quitan á la comedia lo agradable del desenlace inesperado.

En Barcelona, que era el lugar en donde debía verificarse el desposorio, comete otra felonía el preceptor, se casan á su sombra los amantes y se hace cada vez el ente más despreciable, pasando por marido de María (la desposada con Eduardo) y haciendo un doble papel: el de farfante á los ojos de la pareja y otro, que no es del caso decir, á los ojos de don Benito y á los del público.

En el segundo acto se está preparando un bureo para celebrar los días del tío: viene con Eduardo, de Barcelona, una cantante que se hace llamar Clarini, la mujer del maestro-Clara—que viajaba por Italia, cantando y haciendo fortuna.

Quién no prevee el desenlace?

Encuentra á Lupercio, al parecer casado, cree en la apariencia, se decide á tomar por cortejo á Eduardo, que, para no desengañar al tío, ha recibido ese consejo de su pérfido preceptor. Este reconoce á su mujer y la reconviene al oír de su boca la falsedad, inventada para vengarse de él, y para engañar al tío, de que es casada con Eduardo y despues de desenredar la madeja, el tío se explica la farsa y cae el telón.

Si no fuera lo pedantesco y pícaro del preceptor y lo estúpido del tío, la pieza hubiera sido más buena.

Indudablemente, el protagonista es el preceptor, cuyo papel estuvo hábilmente representado por el señor García. Zúñiga y González estuvieron, como siempre, bien y cada vez mejor, y los demás papeles son secundarios.

La pieza no fué muy escogida. Bueno sería dar piezas de Bretón ó de tantos ingenios que brillan en España.

En la petipieza, que fué como una colección de refranes en que la hermosa lengua de Castilla desplegó su hermosura, se ve cómo se curan ciertas ridiculeces matrimoniales por el método alopático.

Los extremos se tocan. Un viejo trabajador